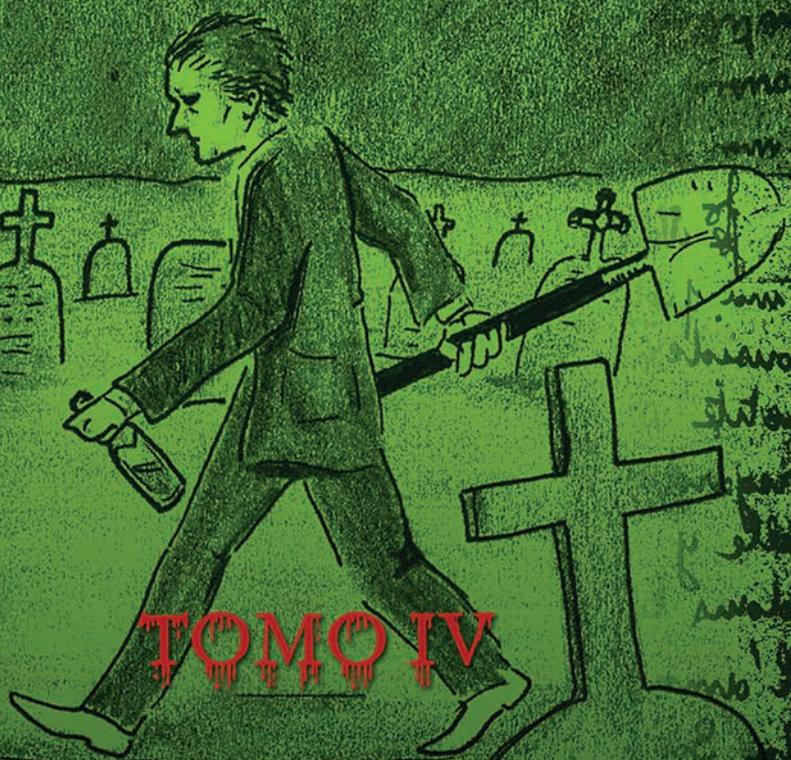


Vanessa Giacoman

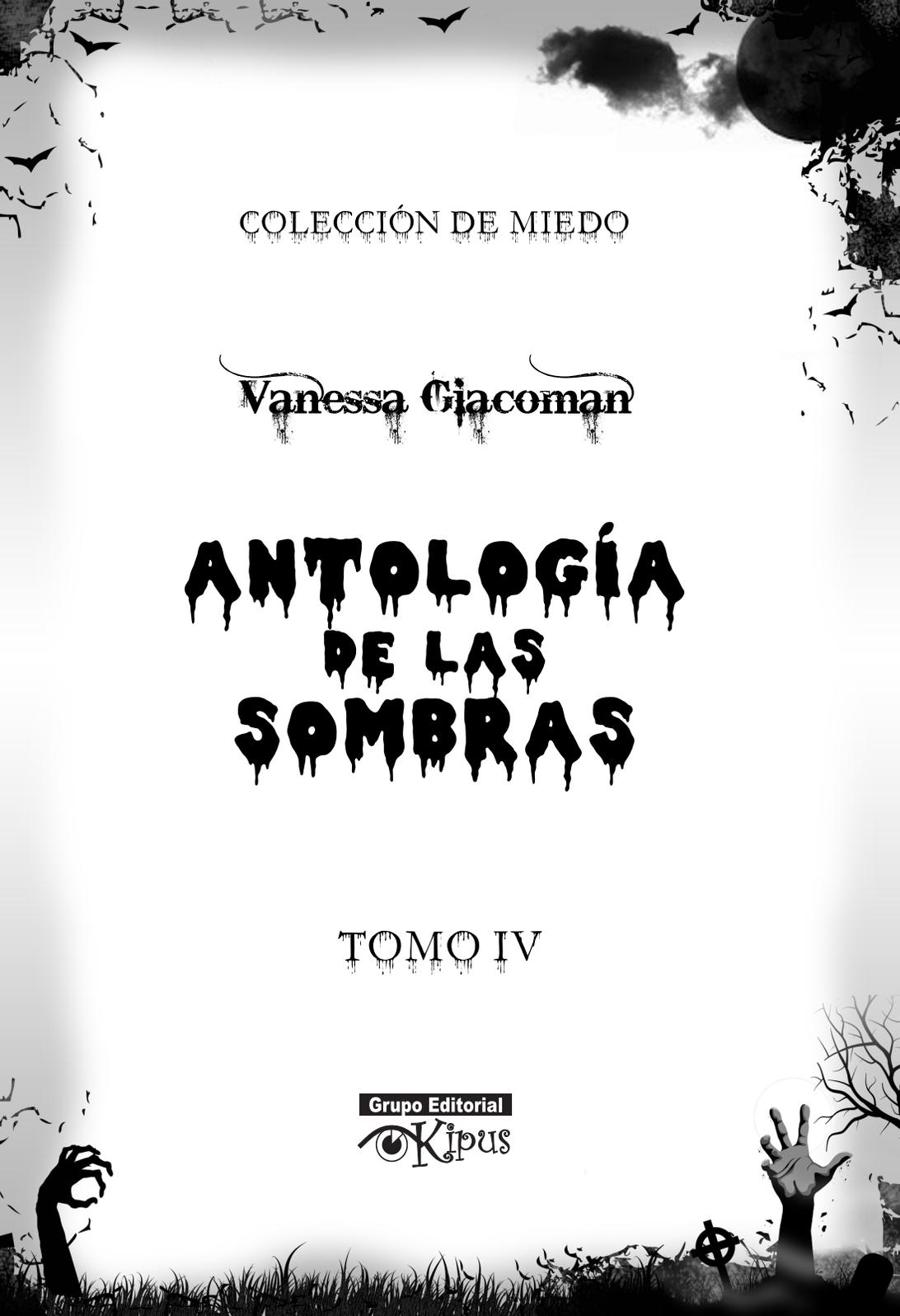
ANTOLOGÍA DE LAS SOMBRAS



TOMO IV

Grupo Editorial

Kipus



COLECCIÓN DE MIEDO

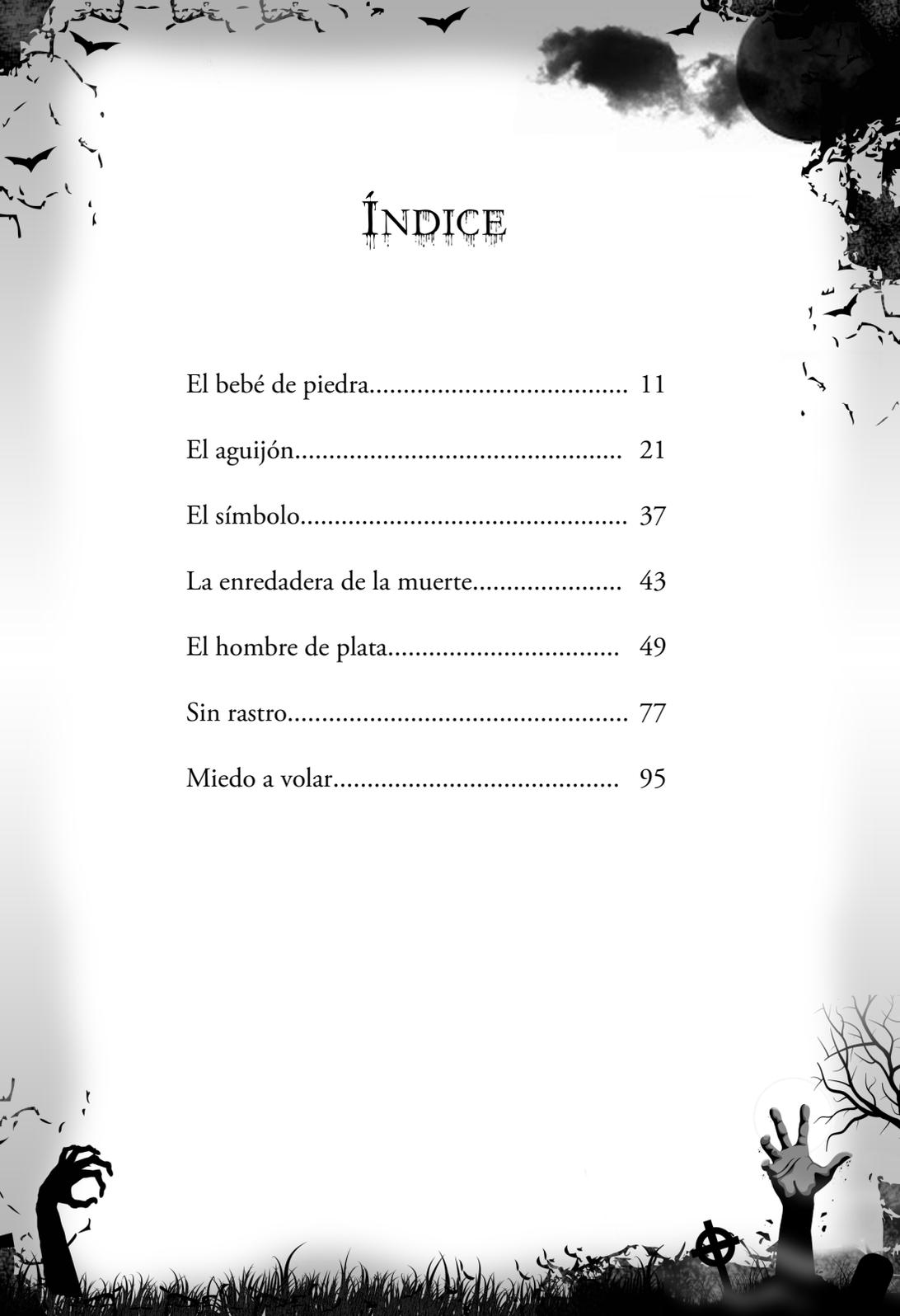
Vanessa Giacomani

ANTOLOGÍA
DE LAS
SOMBRAS

TOMO IV

Grupo Editorial

Kipus



ÍNDICE

El bebé de piedra.....	11
El aguijón.....	21
El símbolo.....	37
La enredadera de la muerte.....	43
El hombre de plata.....	49
Sin rastro.....	77
Miedo a volar.....	95

EL BEBÉ DE PIEDRA





Existen designios que van más allá de la misma vida, tal vez deseos que llegan a tornarse reales y se concretan en una pesadilla. Este es el caso de una joven llamada Marta, quien hace poco tiempo, dejó su hogar para independizarse.

El abuelo de Marta le había dejado como herencia una casona en pleno centro de la ciudad de Potosí, ubicada por la calle Bustillos. Rentaba cuartos a estudiantes, lo que le ofrecía una buena solvencia económica.

La madre de Marta era una mujer conservadora que deseaba ver a su hija casada con un hombre adinerado; sin embargo, Marta era siempre rebelde, ella prefería la simpleza y era muy eficiente. Trabajaba como secretaria en una empresa de bienes raíces y, a pesar de tenerlo todo, su mayor deseo era llegar a ser madre. No le interesaba tener marido, ya que, al ver el fracaso del matrimonio de sus padres, pensaba que casarse representaba vivir en una cárcel compartida. Por todo eso, estaba dispuesta a correr el riesgo de ser madre soltera.

El jefe de Marta era un hombre fornido y apuesto, de ojos negros, expresivos y esta combinación, determinaba en su rostro una mirada profunda y sensual. Cuando ella lo veía, su mente se llenaba de pensamientos ilógicos y lo consideraba un prototipo de buenos genes, además, estaba dotado de una

gran inteligencia, dándose cuenta de que si ella tuviera un hijo, deseaba que fuese él el padre.

Entonces, decidió conquistarlo sabiendo que jamás un hombre se negaría ante las provocaciones de una mujer atractiva.

Ese día planeó todo, buscó su mejor vestido; era rojo, y tenía un escote que hacía sobresalir su hermosura. El hombre, al mirarla, olvidó instantáneamente su matrimonio y quedó hipnotizado como por un embrujo.

—Hoy es el día indicado —dijo ella, sonriéndole con total coquetería.

—Usted ha venido muy atractiva hoy día —él le dijo, cautivado por su belleza.

Así el amor nació entre ellos como un incendio que se extendía sin control. De esa manera mantuvieron un romance por varios meses, hasta que un día Marta se dio cuenta de que sufría cambios hormonales, junto con náuseas y todos los síntomas propios del embarazo. Ella se puso muy contenta, comprendiendo que había logrado su objetivo.

Marta se dirigió al doctor, completamente segura de su estado de gravidez.

—Señora, la felicito. Usted será madre —replicó el doctor, muy contento por su paciente.

Ella visualizó su vida imaginando una continuidad maravillosa. Para Marta, su mayor anhelo se había hecho realidad: dejar la huella de su sangre y su piel en un hijo propio.

Decidió terminar el romance sin decir nada sobre la gravidez al padre del niño.



Los meses pasaron y ella empezó a sentir que su embarazo era algo extraño, ya que tenía terribles y extrañas pesadillas, además ella no solía tener ese tipo de sueños.

Una noche, por ejemplo, soñó que en vez de tener un bebé, había tenido a un animal deforme, un ente anómalo con cuernos y ojos sin iris ni pupilas.

La pobre mujer despertaba agitada, traspirando un sudor frío con una horrible sensación de culpa; pensaba que tal vez iba a merecer un castigo por seducir a un hombre casado, sin que él supiera de sus intenciones.

Su cabeza se llenó de temores. Iba al médico casi todos los días, preocupada y desesperada; aunque, al parecer, su embarazo se hallaba en buen estado.

Una de las peores pesadillas que tuvo, fue cuando vio que el hospital donde tendría a su bebé, no era un edificio ni nada parecido, sino una caverna alumbrada por velas tenebrosas. Ella se veía recostada en una cama de piedra y un doctor con cara de loco extirpaba el corazón de su hijo, apenas al nacer.

Los temores se encarnaban en sus pesadillas en forma de imágenes macabras que nublaban todas sus esperanzas.

Después de siete meses de embarazo, ella sintió un dolor agudo en el vientre. Sabía que el bebé ya nacería, eran las tres de la madrugada y la única que la acompañaba era su empleada Matilde.

—Debo ir al hospital —gritaba, mientras la sangre salía con intensidad.

El dolor era demasiado intenso, parecido a mil cuchillos que se le clavaban en el bajo vientre.

Por fortuna, la empleada tenía algo de experiencia en partos inesperados y trajo una tinaja de agua hervida y muchas sábanas.

—Señora, yo me encargaré de todo. Es una lástima que no haya tiempo de llegar al hospital; su hijo tendrá que nacer aquí —exclamó Matilde, muy nerviosa pero con una seriedad desacostumbrada en ella.

Después de mucho sufrimiento, Marta se dio cuenta de que algo andaba muy, pero muy mal.

Era muy difícil que el bebé naciera, ya que Marta gritaba, mordiendo las sábanas, mientras la empleada hacía lo imposible para lograr el nacimiento, y no había indicios de dilatación en Marta, ni la cabeza del recién nacido aparecía todavía.

Fueron varias horas de sufrimiento... y...

El bebé nació tieso. Parecía un esqueleto engendrado por el mal. Era tan frágil como una hoja seca, y a la vez se veía como un despojo de la creación que representaba la imagen misma del demonio.

—¡No! ¡Eso no puede ser mi hijo! —gritó Marta, desesperada.

Apenas se escuchó un suspiro y el infante quedó muerto en brazos de su madre, mientras Matilde gritaba de espanto al ver ese raro y repugnante ser.

Desde ese día en adelante, Marta ya no fue la misma.

Se había enfermado de pena y su corazón se apagaba por el dolor de la pérdida de su hijo.



Habían enterrado al infante en un ataúd blanco en el cementerio general y, al pasar los días, su razón se nublabá. Ante ella se abrieron las puertas de la locura, como si una nube gris la poseyera.

Ya no reconocía ni a su propia madre, quien se sentía culpable por el infortunio de su hija, y con el amor de madre que le tenía a Marta, decidió internarla en un manicomio.

No obstante, cuando fue a buscarla a su habitación, Marta había desaparecido.

Ella se había dirigido al cementerio, donde el bebé se hallaba enterrado.

En su locura, Marta juraba estar escuchando el llanto de su hijo, como un quejido de ultratumba.

No, no provenía sólo el aparente llanto del bebé, sino también una canción fúnebre y espantosa.

—¡Mi hijo vive! ¡Lo han enterrado vivo! —gritó Marta, estremecida, con el rostro eufórico y trastornada por completo.

En su mente se concretó un deseo, formado por alucinaciones que tergiversaron su realidad.

Marta empezó a arañar la tierra con desesperación, quebrando sus uñas y malogrando sus ropas. Tal fue el alboroto, que los serenos del cementerio tuvieron que desenterrar la tumba para mostrarle que el bebé estaba muerto.

Cuando abrieron el ataúd, algo extraño había ocurrido. Dentro del pequeño encierro yacía un bebé de piedra maciza, con los ojos vacíos y rostro infernal. Lo más atemorizante fue que el cuerpo producía un sonido parecido al de un estertor postrero.





Los cuentos de esta cautivadora obra tratan de mostrar el lado oscuro de las cosas y de las personas. Asimismo, dejan entrever los miedos y los males que nos aquejan en la sociedad actual, en nuestro cotidiano vivir; haciendo que, de alguna manera, seamos más conscientes de nuestra cruda realidad. Además, las lecciones que se pueden extraer de cada cuento son muchas. Por tanto, leer las páginas de este libro es adquirir nuevas formas de ver el mundo, pues Giacoman nos ayuda a identificar diversas situaciones que se presentan y muchas veces las ignoramos.

Pamela Prado Sejas



ISBN: 978-99974-49-42-9



9 789997 449429